

“¿QUIEN ME PRESTA UNA ESCALERA?”

Asistimos estos días a los desfiles procesionales que aglutinan, alrededor de cualquier hermandad por las calles de nuestra provincia, tradiciones ancestrales, expectación y recogimiento, aplausos y silencios que no dejan impasible a nadie. Unos observan el legado artístico, el disfrute sensorial que proporcionan los destellos de los bordados, el aroma denso de las flores, la belleza artística de las imágenes y los pasos, o los sonos armoniosos de la música procesional. Es el barroco llevado a la calle en su máximo esplendor, que concita la expectación de propios y turistas, y un importante movimiento económico que da trabajo a muchas familias.

Está también el desfile de calado social y antropológico, donde frente a los tópicos del placer y el hedonismo, ante nosotros comparecen desgarrados todos los crucificados de la historia, los Ecce Homo coronados de espinas de todas las tribulaciones, todas las víctimas pasadas y presentes de la injusticia humana, todo el sufrimiento que acompaña al ser humano por los caminos polvorientos y escarpados de la propia existencia. Es como mirarnos a un espejo con los ojos del corazón, que refleja nuestro propio dolor y abatimiento, y el de tantos pueblos de la tierra.

Y también, con los ojos de la fé, se trata de rememorar la propia salvación del género humano, el paso por la historia antigua y la actual de cada uno de nosotros del Hijo de Dios. Escribía a sus más de 80 años el Abbé Pierre, fundador de los Traperos de Emaús, en su libro Testamento, que apenas tenía tres certezas en su vida: “a pesar de todo Dios existe, a pesar de todo Dios nos ama, a pesa de todo somos libres”.

Viendo el derroche de los sentidos de la Semana Santa y el masivo seguimiento popular, en ciudades y pueblos, no podemos sino concluir que cultura y religión son enfoques distintos de una misma realidad, la del ser humano. No podemos pretender desligar que los sentimientos y creencias íntimas de la persona tengan una manifestación exterior, acrisolada con los siglos, y común en todas las culturas de la humanidad. Por ello, ante los intentos minoritarios, de sectarismo y arrinconamiento, de postergación y reducción al ámbito estricto de lo privado, se impone para una convivencia armónica el respeto a las creencias de los demás, el uso ordenado y diverso del espacio público, en una sociedad abierta, plural y libre.

Francisco García-Calabrés Cobo